

CAPITULO XXXIII.

Otros milagros en credito de las sagradas Llagas.

EN la Ciudad de Roma vna Matrona muy devota del Serafico Patriarca, tenia en su Oratorio vna Imagen suya; pero sin aquellas sagradas señales, que le hazen mas venerable, y conocido. No avia hecho la buena muger en esto particular reparo, hasta vn dia, que echandola menos se afligia mucho fatigando su imaginacion con variedad de discursos, sobre qual seria la causa de no ver ella en su pintura, lo que tenia visto en otras, y tenia creido de su original, sin advertir la licenciosa beiedad de los Pintores, que privilegiaron sus pinceles, para quitar, ò poner en las pinturas à su arbitrio, sin temor de la residencia de las verdades. Con esta pena, y confusion se estuvo algunos dias con determinacion de corregir la pintura, si daba lugar el Arte, ò poner otra en su lugar con Llagas. En este pensamiento estaba, quando entrando vn dia en su Oratorio viò el cumplimiento de sus deseos, hallando en su Imagen las señales, que echava tanto menos su devocion. Atonita con esta novedad, llamó à vna hija suya, y otras personas domesticas, para certificarle, de si era ilusion de su fantasia, lo que estaba viendo. Preguntaba, si acaso aquella Imagen antes de agora huviesse tenido Llagas; ò si agora era verdad que las tenia. Respondieron con juramento, que las tenia, y que esta era la vez primera que la veian con ellas. Pero como el entendimiento humano, si se ofusca, ò aluzina, suele para dar sus assensos, declinar à vna de dos extremos de facil, ò cabiloso en perjuicio de la verdad: esta vez diò el de esta muger en este ultimo, oponiendole à la evidencia, y

pensando, que el no aver visto antes de aora las Llagas, no seria por no averlas tenido la pintura, sino olvido, ò falta de reparo, quando la miraba: y que la novedad de presente en que se hallaban su hija, y sus domesticos era engaño nacido de falta de memoria. Pero Dios para corregir las falencias de su juicio, negò la fee de este milagro con otro, y fuè, que bolviendo de alli à poco tiempo à poner los ojos en la Imagen, la viò como avia estado en sus principios sin Llagas, y en este estado se quedò siempre, dando el segudo milagro testimonio del primero, y confirmando con ambos el credito de tan singular privilegio.

Un Religioso de nuestra Orden, insignè Predicador, y virtuoso, aviendo estado mucho tiempo persuadido à la verdad de las llagas de su Santo Padre, diò en soltar las riendas al discurso con presumtuosa curiosidad de enterarse de las circunstancias de este prodigio; y ambicioso de penetrar los fondos, vino à flaquear en la Fè, dando lugar à las dudas con inquietud de su conciencia, y graves escrupulos. En esta batalla de su imaginacion le cogiò vna noche el sueño, y en èl se le apareciò el Glorioso Patriarca con las Llagas de manos, y costado descubiertas; pero los pies cubiertos de lodo, cuya inmundicia no daba lugar à que en ellos se viesse las señales. Dixole el Santo con severidad, enseñandole las manos, y pies: mira, mira bien mis pies, y manos, y reconoce el lugar de sus clavos. Viòlos muy descubiertamente en las manos; pero llegando à buscarlos en los pies, le fuè forçoso limpiar el lodo que los ocultaba, y hecha esta diligencia los tocò, y palpò à toda satisfacion. Esse lodo, dixo entonces con ceño el Santo, son las impertinentes dudas con que tu curiosa presumpcion ha obscurecido la luz de esta verdad, y el milagro de mis Llagas. Despertò con-

confuso, y arrepentido, y sugetò las engañosas luzes de su discurso à las ceguedades de la Fè.

En Cataluña, no lexos de los muros de la Ciudad de Lerida, vn hombre muy devoto de el Glorioso San Francisco, caminaba incauto de las asechanças, que estaban prevenidas contra otro. Los que estaban de emboscada presumiendo ser este, el que esperaban, le embistieron, y dieron muchas heridas, y le dexaron en el campo por muerto. En este fatal conflicto invocò el miserable la proteccion de MARIA Santissima, y de su siervo San Francisco. Hallaronle vivo vnos pasajeros, y le conduxeron à su casa, y al registrar las heridas vieron entre otras dos mortales, vna cuchillada, que casi del todo le dividia el braço de el ombro, y vna estocada en el pecho tan penetrante, que apagaba con ella la respiracion las luzes. Tomaronle la sangre, dados antes los Sacramentos, con poca, ò ninguna esperança de su vida, así porque exhausto de sangre estaba sin alientos, como porque de suyo las heridas eran mortales. Entre sus dolores, y desmayos tenia puesta su esperança en su valedor, y devoto S. Francisco, à quien invocaba como podia. Pensaron todos, y su triste muger, que aquella noche fuesse la vltima de su vida. Estando en su asistencia, les pareciò, que el paciente iba à descansar algun rato en las suspensiones de el sueño, y le dexaron solo. Durmiòse, y pareciòle, que por la ventana de la quadra en que yazia, avia entrado vn Religioso Menor, y que le llamaba por su mismo nombre, y le dezia: Por la gran fee, y confiança con que me has invocado en tu fatalidad, quiere Dios, que quedes sano de tus heridas, y me ha fiado tu curacion. Pues quien eres, dixo el enfermo? Y enseñandole el Religioso las manos llagadas, respondiò: Por estas señales conocerás, que soy tu de-

voto Fr. Francisco, y que soy agradecido à la caridad, que tienes con mis Frayles, y pásòle las manos llagadas por los lugares de las heridas, y las dexò enteramente sanas. Despertò lleno de admiracion, y consuelo, y viendose sin dolores, y con alientos de sano, y sin mas embaraço, que el de las ligaduras, saltò de la cama dando voces, y alabando à Dios en su Santo. Acudiò la familia porfiando à bolverle à la cama, pensando, que aquellas voces, y esfuerços eran efectos de algun delirio. Mas èl repetia, no es delirio, sino verdad cierta, que estoy sano de las heridas; porque San Francisco con el contacto de sus Llagas me las curò. Defataronle las vendas, y vieron cerradas todas las bocas con perfectas zicatrizes, que hizieron mas celebre el milagro, de que resultò en la Ciudad, que estaba compadecida de su desgracia, y mucha alegria, gloria à Dios, y mayor devocion à su Santo.

CAPITULO XXXIV.

Milagro estupendo para escarmiento de vn incredulo de las Llagas de el Glorioso San Francisco.

PARA establecer Christo Señor nuestro la fee de las glorias de su Resurreccion, se valiò de el testimonio de sus Llagas. Estas fueron bocas, que con muda eloquencia desvanecieron de Tomàs Apòstol las dudas: y con la evidencia, que tocaron sus ojos, y sus manos, hizo mas firme la fee de los demás Apòstoles. De otras señales se podia valer el Señor para curar la flaqueza de su fee, pues no convencieran menos su entendimiento, las señas invariables de su venerable rostro, que las Llagas de su

cuerpo; pero quiso reservar para sus Llagas este triunfo, por ser caracteres de su fineza, y rubricas de su amor. Señas tiene bien individuales el Serafico Patriarca, para ser entre los demás Santos bien conocido. Quien no le diferencia por pobre? Quien no le venera por singularmente humilde? Quien no le admira por Serafico? Pero lo cierto es, que le quiere Dios conocido por llagado. Costóle mucho desvelo à su providencia la formacion de esta Imagen de su Hijo; y las señales, que en el original tuvieron el primer lugar para acreditar sus glorias, quiere, que en el traslado sean el primer voto de su fantidad. Quien le intentare falsear las rubricas de su amor, quiere obscurecer las ardientes luzes de Serafin: y no permitirá el Señor, que le quiten el blason de la caridad, à quien honró con los privilegios de Reparador. Dudas, y contradiciones ha padecido la verdad de este prodigio, que desvaneciò con milagros la Omnipotencia, que quiere, que San Francisco sea venerado por llagado, y castiga como crimen de lesa Magestad suya, à quien se atreviere à las Armas de su Real Sello. Vease en el siguiente caso.

En Potencia, Ciudad de la Pulia, vn Clerigo llamado Rogerio, Canonigo de aquella Santa Iglesia, Varon de letras, y autoridad, estaba mal convaldecido de vna enfermedad, y entrò à hazer Oracion en vn Templo, en el qual viò vna Imagen de San Francisco con las Llagas. Era esto muy poco despues de la Canonizacion de el Santo, y por esta causa menos vsuales estas pinturas. Admiròse de ver tal estrañeza en vna Imagen de vn Santo, y tuvola por beleidad antojadiza de los pinceles. Començò à discurrir en la posibilidad de este prodigio, y siendo tan anchurosos los fenos de la posibilidad, aun no creia,

que pudiesse aver sido. Es achaque fatal de el humano entendimiento, herido de la primera culpa, que en las cosas, à que no puede dar alcance por elevadas, las condena por apocrifas, y à las que por fomeras alcanza, las desprecia por faciles. En fin, muy bien pagado de su juyzio, tuvo por fabuloso el milagro. Estando así divertido en la complacencia de sus discursos, sintiò en la mano izquierda, que tenia cubierta con el guante, vn repentino dolor, como de el golpe de vna saeta, que le avia atravesado por la palma, aviendo tambien oido el ruydo, que fuele hazer el arco, quando sacude la cuerda. Espantado, y dolorido, se quitò el guante, para registrar la parte en que sentia la vehemencia de el dolor, y viò en la palma vna llaga, de cuya boca salia vn ardor, como pudiera de la de vn bolcan. Pasmado el hombre con tan estraño fracaso, mirò el guante, y le hallò sano, sin poder entender, como sin lesion de el guante podia tener la mano herida: registraba el Templo, y no veia de donde podia aver venido disparada la saeta; pero no dando el dolor treguas para mas discursos, se partiò à su casa à tratar de el remedio. Dos dias enteros estuvo atormentado de indecibles dolores, apurado el juyzio en variedad de pensamientos, y la paciencia, porque no hallaba remedio, que le fuesse de alivio en la medicina. Fatigado con el continuo desvelo, y haziendo mas reparo en las circunstancias de el suceso, vino à conocer, que no era à caso, sino mysterio; porque avia oido el ruydo del arco disparado, avia sentido el efecto en su herida mano, el sitio era la Iglesia, el guante estaba sano, la palma llagada, los accidentes del ardor, que despedia extravagantes, yà que no alcançavan ningunos lenitivos: y todo esto en ocasion,

cion que dudaba de las Llagas de San Francisco, con que de todas estas premisas infiriò aver sido castigo de su incredulidad, fulminado de extraordinaria, y sobrenatural providencia. Desengañado de su error confesò su culpa, y detestò su error delante de muchos, protestando, que creia firmemente, que Dios avia honrado à su fiervo con las Llagas de su Hijo; y con muchas lagrimas pidió al Santo perdón de su incredulidad, y piedad, y remedio para su dolor. Caso rarissimo! Cerròse al punto la Llagas, templaronse los ardores, faltò el dolor, y quedò la mano sana, y sin lesion alguna, con admiracion de todos. Hizo se mas plausible este prodigio, por la aprobacion autentica, que hizo de el el Obispo de esta Ciudad, tomando solemnè juramento à muchos testigos contestes, que se hallaron à este suceso, y esta informacion autentica se guarda en el Archivo de este Convento.

CAPITULO XXXV.

Raro privilegio de el Serafico San Francisco por sus sagradas Llagas.

AQUEL maravilloso favor de las Llagas, que avia de conciliar à nuestro Santo tanta veneracion con los Fieles, tan repetidas aclamaciones à su fantidad, quiso Dios, que quedasse mas plausible, afiançando despues de su muerte sus creditos con milagros, y combidando à la devocion con el cebo de superiores intereses, como constará de esta revelacion, que refiere nuestro Pissa, Barecio, y otros muchos. Un Religioso Menor, tierno amante de su Santo Padre, aviendo leído en las Chronicas, que quando Christo Señor

Parte I.

nuestro le imprimiò las Llagas, le avia fiado tan ocultos mysterios, que jamás descubriò à ninguno de sus familiares; entrò en deseo vehemente de saber, que podia ser cosa, que siempre guardò el Santo en su coracon con la llave de su silencio. Discurría entre sí diziendo, que sin duda seria algun gran privilegio personal, que Dios le huviesse concedido, y que de humilde le ocultaba; porque si fuesse otra cosa perteneciente à la Iglesia, ò algunos de sus miembros, siempre la dexara dicha, ò por feliz, ò por infausta: por feliz, para que se diessen al Señor las gracias de el beneficio; por infausta, para que templassen los ruegos, y las lagrimas los rigores de el castigo. Acaso, dezia yà despues de su muerte, si se lo pedimos con devocion humilde, querà Dios, que lo descubra, pues yà no puede correr riesgo su profunda humildad. Con este pensamiento, se resolviò à pedir à su Santo Padre este favor, con tal empeño, y porfia, que durò en este piadoso teson ocho años. En el año vltimo, estando vna dia en la Iglesia muy engolfado en la Oracion, le llegò otro Religioso con vn recado de el Guardian, en que le mandaba salir fuera de casa à forçofas diligencias de el Convento, y en compania suya. El bendito Frayle, sin dilacion alguna, hallandose en la Oracion muy recogido, y devoto, la dexò como verdadero obediente, sacrificando alegre en las aras de su rendimiento todo el gusto, y suavidad, que gozaba su espiritu. Aviendo hecho las diligencias encomendadas, vieron ambos à dos Religiosos, que les parecieron Estangeros, que venian del camino muy estropeados, y molidos del cansancio, el vno joven, y robusto, el otro hombre yà de edad crecida, rostro pálido, macilento, y venerable. Causòle mucha compasion,

Rr 2

y

Barecio in
vita Sancti
Francis. lib.
unico, cap.
22.6. ex
Pissa, &
alij.